



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES PLANTEL ORIENTE



Selección de lecturas para Filosofía I
Profesor Joel García Rivero

Selección de lecturas

INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO FILOSÓFICO

Filosofía I

10 de agosto de 2015



INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO FILOSÓFICO

TEMAS DEL CURSO

TEMA 1. QUÉ ES FILOSOFÍA	Págs.
Ser Humano y filosofía.....	3
La tarea de una introducción a la filosofía, Martín Heidegger.....	4
TEMA 2. CONCEPTOS BÁSICOS PARA CARACTERIZAR A LA FILOSOFÍA.	
<i>Oscurecer o simplificar la forma, Michel Onfray.....</i>	9
<i>Genealogía de la filosofía, Michel Onfray.....</i>	11
<i>Elevar la filosofía, Michel Onfray.....</i>	12
TEMA 3. ORIGEN E HISTORICIDAD DE LA FILOSOFÍA.	
El Nacimiento de la filosofía, Platón.....	13
<i>Los Primero Filósofos Griegos, Manuel García Morente.....</i>	15
TEMA 4. FILOSOFÍA Y SU RELACIÓN CON LA VIDA COTIDIANA	
<i>Permanencia de una sabiduría práctica, Michel Onfray.....</i>	21
<i>El valor de la filosofía, Bertrand Russell.....</i>	22
TEMA 5. PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA FILOSOFÍA Y LAS DISCIPLINAS DONDE SE ABORDAN	
Disciplinas donde se abordan los problemas de la filosofía.....	29
¿Temas o tratamientos filosóficos? Michel Onfray.....	33
TEMA 6. LOS PROBLEMAS DEL SER, EL CONOCER Y EL DEBER SER	
Fragmento de <i>la república, La alegoría de la caverna, platón.....</i>	34
TEMA 7. QUÉ HACE DIFERENTE A LA FILOSOFÍA	
<i>Filosofía socrática.....</i>	38
TEMA 8. EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO FRENTE A LA MAGIA, EL MITO, LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA.	
<i>Ciencia y filosofía, Martín Bonfil Olivera.....</i>	40
TEMA 9. ELEMENTOS FUNDAMENTALES DEL CARÁCTER ARGUMENTATIVO DE LA FILOSOFÍA	
<i>Argumentación filosófica.....</i>	41
TEMA 10. LA ARGUMENTACIÓN COMO UNA HERRAMIENTA	
<i>Las preocupaciones de un padre de familia, Kafka.....</i>	43



TEMA 1. QUÉ ES FILOSOFÍA SER HUMANO Y FILOSOFÍA

Ser humano significa trascender la naturaleza, superar la condición instintiva, animal, diferenciarse de ella, observar un comportamiento libre de las determinaciones que ésta le impone a los seres vivos.

Comer, respirar, reproducirse, crecer, son actos naturales. Todo ser vivo come, respira, se reproduce, crece o se desarrolla, no por capricho, no por voluntad propia, sino por necesidad natural. Si un ser vivo no come, muere; si no respira, está muerto.

Ahora bien, comer alimentos sazonados, cocinados, aderezados no es un acto instintivo, natural. Tampoco lo es respirar con técnica, jadear voluntariamente, aspirar y expirar según lo pide el médico para examinar el estado de salud de los pulmones. Usar sustancias afrodisiacas para estimular el apetito sexual, o emplear el condón como medida preventiva de higiene o de "planificación familiar", son decisiones que no todos los seres vivos toman. Ingerir vitaminas para crecer "sanamente"; diseñar ropa a la medida del crecimiento físico; educar con el fin de conseguir un crecimiento moral, o psicológico, o económico, etc., son acciones y procesos exclusivos que experimenta un único ser: el ser humano.

Consumir drogas o bebidas alcohólicas para relajar el ánimo, acercarse a dios, o con cualquier otra finalidad, es un hábito que no practican los animales. Ningún otro animal produce enervantes para saciar su deseo ni para trocarlos o venderlos. ¿Pueden los animales ser considerados responsables de sus actos y, por lo tanto, juzgados moral, religiosa o jurídicamente? ¿Y el ser humano? ¿Por qué? ¿Por qué el ser humano se diferencia del resto de los seres vivos? Estas cuestiones no se las plantea cualquier ser vivo, ni siquiera los animales, excepto uno. Sin embargo, éste se las propone no en su calidad de animal, ¿por qué? Todavía más, no todos los individuos de esta especie se las han puesto como problema a resolver, porque este tipo de asuntos no forma parte de sus expectativas vitales ni existenciales.



Esta clase de interrogantes sólo se le ha ocurrido esbozarlas al humano — ¿por qué razón o razones?— y sólo él ha intentado responderlas. Pero no todo individuo humano se plantea este tipo de cuestiones: sólo unos cuantos, ¿quiénes?, ¿por qué motivos? ¿Por qué es necesario conocer y saber qué es lo humano? ¿Acaso la vida humana sería viable sin esbozar este tipo de interrogantes? ¿Es la vida humana un proceso impuesto por la naturaleza? ¿Amar es una acción humana o una acción simplemente animal, instintiva? ¿La riqueza cómo se produce? ¿Por qué unos cuantos individuos la disfrutan y miles de millones son excluidos de sus beneficios? ¿Piensan los animales? ¿Qué consecuencias cabe esperar en caso de que los animales piensen? Y si no piensan, ¿a qué se debe? O si piensan, ¿cuál la causa que lo hace posible?

LA TAREA DE UNA INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA.¹

§ 1. *Ser-hombre significa ya filosofar*

El objetivo de este curso es introducir a la filosofía. Pero si ustedes tienen la intención de hacerse introducir en la filosofía, ello supone que empezamos estando fuera de la filosofía. Por eso es menester un camino que nos conduzca desde esta posición fuera de la filosofía adentro del ámbito de la filosofía.

Esto parece una situación tan simple que basta señalarla para que la entendamos como el punto de partida obvio de una introducción a la filosofía. La vía introductoria ha de conducirnos dentro del ámbito de la filosofía. Pero para no errar la dirección del camino tenemos que conocer de antemano la meta. Por tanto, ya antes de la introducción y para ella necesitamos contar previamente con una idea de qué sea filosofía. Y esto añade una dificultad a todo nuestro plan, pero sólo aparente; pues no estamos totalmente desconectados del ámbito de la filosofía. Tenemos ciertos conocimientos de aquello que hoy se considera filosofía, podemos más o menos orientarnos por la bibliografía filosófica para saber qué es o qué significa filosofía. En los manuales de historia de la filosofía tenemos

¹ Heidegger, Martín. Introducción a la filosofía. Cátedra, Madrid, 2001



además un medio para hacernos una idea acerca de éste o aquel filósofo, acerca de éste o aquel sistema. Ciertamente, la tarea se vuelve otra vez difícil cuando tenemos que decidir a cuál de los filósofos hemos de considerar determinante: a Kant o a Hegel, a Leibniz o a Descartes, a Platón o a Aristóteles. Pero también a eso se puede poner remedio intentando (y en eso habría de consistir la introducción) procurarnos una visión de conjunto sobre todos los filósofos y sobre toda la historia de la filosofía, por lo menos en sus líneas y rasgos fundamentales.

Sólo que no buscamos solamente un conocimiento historiográfico de aquello que la filosofía ha sido, sino que queremos conocer los «problemas» del ámbito de la filosofía, los diversos ámbitos de problemas que representan las distintas disciplinas filosóficas (la lógica, la teoría del conocimiento, la ética, la estética), no con todo detalle, ciertamente, pero sí en sus líneas básicas, de modo que veamos cómo las disciplinas se ordenan entre sí, qué relaciones guardan unas con otras, cómo constituyen un sistema de filosofía. La introducción a la filosofía, aparte de su lado histórico, tiene que tener un lado sistemático y ambos pueden complementarse perfectamente entre sí.

Si al final del semestre hemos logrado efectuar el recorrido que representa tal introducción histórica y sistemática, nos habremos convertido en afortunados poseedores de conocimientos pertenecientes al ámbito histórico y sistemático de la filosofía. Ciertamente, no habrá desaparecido del todo la impresión de que ese ámbito es, desde luego, muy plural, y también muy inseguro y cambiante; y sobre todo se reforzará el sentimiento más o menos confesado de que con lo oído difícilmente podemos saber hacia dónde tirar ni qué hacer. Océpanse de ello los filósofos profesionales, con la intención y creencia de poder poner fin alguna vez a tal caos de «sentencias».

Pero si se suscita tal consideración, ya es mucho. Pues las más de las veces ya no se suscita nada. Sino que uno se contenta con la idea de haber seguido alguna vez un curso de filosofía, pues en definitiva uno no puede descuidar por completo



su formación general, su cultura general universitaria, aunque hoy mucho más importante que el saber algo de filosofía sea el tener noticia de los nuevos tipos de coches de carreras o de las últimas novedades en el ámbito del cine.

Esta es hoy la actitud respecto a la filosofía y, pese a las muchas introducciones, tal situación habrá de seguir siendo siempre así en cierta medida. Pero, ¿por qué, pese a todas las introducciones, tiene que ser así? Porque una introducción a la filosofía del tipo comentado no hace sino sacar de la filosofía, y no sólo eso, sino que además suscita la opinión de haberse introducido uno en la filosofía. ¿Y por qué tienen necesariamente que fracasar ese tipo de introducciones habituales a la filosofía, que acabamos de caracterizar? Porque por su propio planteamiento descansan en una equivocación básica. El planteamiento parte del supuesto de que nosotros, que tenemos que ser introducidos en la filosofía, por de pronto estamos situados fuera de la filosofía, y de que la filosofía misma es un ámbito respecto al que hubiésemos de emprender el camino para introducirnos en él (cfr. más abajo, págs. 232-233).

Pero no estamos en absoluto fuera de la filosofía, y ello no porque acaso contemos ya con ciertos conocimientos de filosofía. Aun cuando no sepamos nada de filosofía, estamos ya en la filosofía, porque la filosofía está en nosotros y nos pertenece y, por cierto, en el sentido de que filosofamos ya siempre. Filosofamos incluso cuando no tenemos ni idea de ello, incluso cuando «no hacemos» filosofía. No es que filosofemos en este momento o aquél, sino que filosofamos constantemente y necesariamente en cuanto que existimos como hombres. Existir como hombres, ser ahí como hombres, *Dasein* (*ser ahí, la existencia*) como hombres, significa filosofar. El animal no puede filosofar. Dios no necesita filosofar. Un Dios que filosofase no sería Dios porque la esencia de la filosofía consiste en ser una posibilidad finita de un ente finito.

Ser-hombre significa ya filosofar. La existencia humana, el *ser-ahí* humano, el *Dasein* humano (*ser ahí, la existencia*), está ya como tal en la filosofía, pero por esencia, no en ocasiones sí y en ocasiones no, o unas veces sí y otras no. Pero



porque el ser-hombre tiene diversas posibilidades, múltiples niveles y grados de lucidez, puede el hombre estar en la filosofía de formas diversas. Correspondientemente, la filosofía puede permanecer oculta como tal, o anunciarse y manifestarse en el mito, en la religión, en la poesía, en las ciencias, sin ser reconocida como filosofía. Pero como la filosofía como tal puede desarrollarse también de forma expresa y propia, parece como si aquellos que no se implican en el filosofar expreso estuviesen fuera de la filosofía.

Pero si la existencia humana o *Dasein* humano (*ser ahí, la existencia*) está esencialmente ya en la filosofía, entonces carece de sentido una introducción a la filosofía en el sentido indicado, es decir, como un introducir dentro ámbito de la filosofía desde una posición fuera de la filosofía. Pero entonces, ¿para qué una «introducción a la filosofía», para qué esta clase de introducciones a la filosofía? ¿Por qué no romper con esta costumbre?

§ 2. *Introducir significa poner en marcha el filosofar.*

Si, pese a ello, nos proponemos como tarea una introducción a la filosofía, entonces esa introducción tiene que tener otro carácter. Ciertamente, todo parece como si por de pronto estuviésemos fuera de la filosofía. La pregunta es: ¿En qué se origina tal parecer y tal apariencia? Si la filosofía esta y radica ya en nuestra existencia como tal, entonces esa apariencia sólo puede brotar de que la filosofía está, por así decir, dormida en nosotros. Está, en nosotros, aunque encadenada y atada. Todavía no está libre, todavía no está en el estado de movimiento que le es posible. Es decir, la filosofía pasa en nosotros, sucede en nosotros, pero no como al cabo podría pasar y debería pasar. Por eso es menester una introducción. Pero introducción no significa ahora ya: desde una posición fuera de la filosofía llevar a alguien adentro del ámbito de la filosofía, sino que introducir significa ahora: poner en marcha el filosofar, hacer que en nosotros pase o suceda la filosofía. Introducción a la filosofía significa: introducir (poner en marcha) el filosofar. Y,



¿cómo conseguir tal cosa? Pues ciertamente no podemos recurrir a ninguna traza, técnica o magia para ponernos en estado de filosofar.

La filosofía ha de quedar libre en nosotros, es decir, ha de convertirse en íntima necesidad de nuestro ser más propio, de nuestra más propia esencia, de suerte que dé a ese ser o a esa esencia su más propia dignidad. Ahora bien, lo que así ha de quedar libre en nosotros hemos de asumirlo en nuestra libertad, somos nosotros mismos los que hemos de tomar y despertar libremente el filosofar en nosotros.

Pero para eso, he aquí que de nuevo necesitamos ya conocer; hemos menester de una precomprensión de la filosofía. Y así podría ser que al cabo hayamos de recurrir y atenernos a la historia de la filosofía. Quizá la historia (pero no sólo en el sentido de la producción y la bibliografía filosóficas, sino en un sentido mucho más original) sea esencial para el filosofar. Pues por razones que todavía veremos sería un elemental error suponer que podríamos hacer filosofía, desarrollar filosofía, rechazando por completo la tradición histórica, ignorándola por completo, tirándola por la borda. Pero de ello no se sigue que la vía habitual de una visión historiográfica del conjunto de la historia de la filosofía pudiera aportar nada esencial en lo que se refiere a nuestra intención de introducir el filosofar. Adquirir conocimientos, e incluso adquirir una vasta erudición en lo que respecta a lo que los filósofos han pensado, puede ser de utilidad, pero no para el filosofar. Al contrario: la posesión de conocimientos sobre filosofía es la causa principal de la errónea suposición de que con ello se ha llegado ya a filosofar .

Pero, ¿de qué otro modo podremos obtener esa precomprensión de la filosofía, de la que hemos menester, si el filosofar no ha de ser un proceso ciego sino una acción asumida en libertad? Manifiestamente, esta precomprensión de la filosofía habremos de buscarla de una forma que en cierto modo nos venga ya de antemano señalada por la esencia misma del filosofar. De tal esencia sólo sabemos ahora lo siguiente, y ello sólo en el sentido de una simple afirmación, a



saber: el filosofar pertenece a la existencia humana como tal: en ésta como tal sucede el filosofar y tiene el filosofar su historia (cfr. más abajo pág. 240).

En la existencia ha de ponerse en marcha el filosofar. Pero la existencia humana, el *Dasein* humano (*ser ahí, la existencia*), no existe nunca así en general, sino que, cuando existe, cada existencia existe como ella misma. En nuestra existencia o *Dasein* mismo tiene que hacerse suceder el filosofar. En nuestra existencia — pero tampoco así en general, sino en nuestra existencia aquí y ahora, en este instante y en las perspectivas que ofrece este instante en que nos disponemos a tratar de filosofía. En nosotros ha de quedar libre la filosofía, en nosotros y en esta situación. ¿En cuál situación? En aquella que ahora determina primaria y esencialmente el existir de nuestra existencia, es decir, nuestro elegir, nuestro querer, hacer y omitir.

TEMA 2. CONCEPTOS BÁSICO PARA CARACTERIZAR A LA FILOSOFÍA OSCURECER O SIMPLIFICAR LA FORMA²

La filosofía se populariza en la forma, pero no en su contenido. Puede ponerse a disposición de las mayorías por la simple mediación de un intermediario que trabaje adecuadamente el lenguaje, la exposición, la forma o la modalidad de la presentación. Ninguna idea es tan compleja como para no poder ser expuesta con palabras cotidianas -véase a Bergson- Es cierto que los pensamientos más elaborados necesitan a veces palabras complejas, expresiones apropiadas y vocabulario técnico y específico. Pero una vez que se asocia un significante desconocido a su significado explícito, la dificultad se atenúa inmediatamente.

Para quien tiene deseos de aprender, de saber y captar lo que hay que comprender, ninguna palabra se resiste, incluso las más ariscas: ¿quién, una vez que se ha dado la explicación, puede seguir sin entender las palabras ataraxia, inteligible, trascendental, mónada, nómeno, rizoma, sustancia, hipóstasis, y otras herramientas de la profesión? Cuando se ha reducido el uso de estos términos a

² Onfray, Michel. *La comunidad filosófica, Manifiesto por una universidad popular*



los pocos momentos en que no se pueden evitar, si se ha tenido el cuidado de explicar su sentido, ya se ha disuelto gran parte de la magia del discurso filosófico. ¿Cuál es la prueba de que se puede ir más lejos en la puesta a disposición del público de tesis complejas de un filósofo? La transfiguración en poema de la doctrina de Epicuro por Lucrecio -De la naturaleza de las cosas- expone en varios miles de versos las doctrinas de su maestro sobre la física, la cosmogonía, la meteorología, la ética, la geografía, la historia, la lingüística y todos los ámbitos posibles e imaginables que constituyen un sistema. ¿Podemos imaginar a Sartre, veinte siglos más tarde, procediendo del mismo modo con la fenomenología alemana y escribiendo El ser y la nada en alejandrinos? No. ¿Y por qué? A causa de la decisión de escribir filosofía para filósofos de profesión, y de ninguna manera para quienes se interesaban por una práctica existencial.

Lo que falta hoy en día son ejercicios de estilo a la manera de Raymond Queneau: ante un determinado tema de reflexión, éste se trataría con los gestos del lenguaje y las manías de la corporación filosófica. Imaginemos la cuestión siguiente: demostrar que toda servidumbre es voluntaria. Redactar. Recoger los trabajos. Corregir. Divertirse al descubrir la formulación platónica con ideas por todos lados, la cartesiana con ideas claras y distinguidas por paquetes, la kantiana con una analítica trascendental al timón, la hegeliana con un absoluto en cada frase; mientras que Schopenhauer convoca la negación del querer vivir, Nietzsche hace un llamamiento a la transmutación de los valores, Marx llena páginas con la lucha de clases, Lacan habla del goce del amo. Y La Boétie, etcétera.

Traducir el lenguaje filosófico permite mostrar que a menudo éste no es sino una cortina de humo para esconder las ideas más simples. Apenas se descubren estas supercherías se puede, por fin, seleccionar los pensadores consistentes, ricos, llenos de promesas existenciales, al mismo tiempo que se revelan los falsificadores, los embusteros, los bribones, los mentirosos, los ilusionistas, los magos. Una vez que se han popularizado los discursos técnicos y que las



lentejuelas de verborrea ya no provocan ilusión, queda la quintaesencia. ¡En este juego, muchos merecen la gran risa nietzscheana!

GENEALOGÍA DE LA FILOSOFÍA³

¿Qué cuál es la naturaleza de la filosofía? Una propensión a **cuestionar**, a **interrogar**, a **problematizar**, a preguntarse por qué, cómo, de qué manera. Sin que se le invite, independientemente del adiestramiento social -e incluso a menudo a pesar de él, o contra él-, aceptando quizá como cierto sólo aquello cuyo encadenamiento y causalidad se entienda. Detrás de una pregunta como: “¿Por qué de noche está oscuro?”, además de reactivar las preocupaciones de los presocráticos, de Platón de Timeo, Aristóteles, Lucrecio y de tantos otros filósofos, se encuentra el esbozo de la búsqueda de causalidad: lo que no puede advenir sin causa que lo haga advenir; pero ¿cuál es esa causa?

Muchas de las preguntas que de niños nos hicimos recuerdan extrañamente las interrogaciones y **reflexiones** de muy grandes filósofos, incluso de los clásicos. Ejemplo: “¿Por qué soñamos?”. Desde *La llave de los sueños de Artemidoro* a *La ciencia de los sueños* de Freud, pasando por las *Meditaciones* de Descartes sobre lo que distingue sueño y vigilia o incluso los últimos libros de Clément Rosset, la pregunta atraviesa una interrogación ancestral sobre la realidad de la realidad o sobre la consistencia de los mundos revelados por los sueños.

Otra pregunta: “Cuando no vemos, ¿podemos ver igual?” ¿Acaso Diderot pregunta otra cosa en su Carta sobre los ciegos? ¿Qué es lo que cuenta Condillac cuando sostiene, en el Tratado de las sensaciones, que los sentidos contribuyen genealógicamente a la formación del conocimiento y del juicio? Y otra: “¿Está bien decir siempre la verdad?” Véase a Manuel Kant discutiendo contra Benjamín Constant en Sobre un supuesto derecho a mentir por humanidad. Y otra: “¿Qué piensan los animales?”. Retómese a Jeremy Bentham, mal conocido, demasiado

³Michel Onfray, *La comunidad filosófica*. (Fragmento editado para uso en el aula). Trad. de Antonia García castro. Barcelona, Gedisa, 2008.



ignorado, y su Introducción a los principios de la moral y la legislación, en donde interroga lo humano a partir de su casi semejante: el animal.

Frente a cada pregunta formulada se podría poner textos escritos por los más grandes filósofos. Así la jerarquía de los cinco sentidos, los juegos de verdad, el olvido de la muerte o la relación entre la risa y la disminución del estrés, ofrecen oportunidades para evolucionar en territorios ya frecuentados por Feuerbach, Aristóteles, Wittgenstein, Pascal, Freud, etcétera. Difícilmente se podría reducir estas preguntas infantiles a cuestiones banales, sin interés filosófico, metafísico u ontológico.

ELEVAR LA FILOSOFÍA⁴

Los niños preguntan de manera natural y muy tempranamente -desde la adquisición del lenguaje-. ¿Por qué pierden luego esta propensión sublime? Porque la familia y la escuela, son doblemente cómplices en este asesinato, hacen lo necesario para impedir, decepcionar, prohibir esta actitud interrogante, y reemplazarla ya sea por una simple y llana renuncia apática, ya sea por cebarlos con respuestas a preguntas que ellos no hacen. ¿Por qué pensar por cuenta propia cuándo se puede obedecer por cuenta de los demás?

La familia no sabe ni puede siempre responder a las preguntas deflagradoras de los niños: medios intelectuales limitados, relación problemática con el lenguaje, la expresión y la formulación, ignorancia de la preocupación espiritual o cultural, incapacidad para buscar las respuestas que no están en un libro o en otro lugar, estas son las razones más admisibles. Pero también hay una preocupación por preservar nuestra tranquilidad de adultos en beneficio de actividades superficiales -televisión, siesta en el sillón, bricolaje, jardinería, barbacoa, etcétera-) un interés egoísta cifrado en evitar a toda costa que la batería de preguntas perturbe nuestro propio relax físico e intelectual.

⁴Michel Onfray, *La comunidad filosófica*. (Fragmento editado para uso en el aula). Trad. de Antonia García castro. Barcelona, Gedisa, 2008.



Al constatar repetidamente que sus preguntas quedan sin respuestas, e incluso molestan o cansan a los padres, la llama de los niños se apaga sola. Ya nada les plantea problema, **el asombro** desaparece y se acepta en mundo tal como es, como una evidencia. Aquello que provocaba curiosidad deja de inquietar la inteligencia y, por ende, ésta se ablanda, se achica, hasta que desaparece. «Se sueña porque se sueña, eso es todo»; «si no podemos ver, pues no vemos, es evidente»; «siempre hay que decir la verdad, incluso cuando hay que mentir»; «los animales no piensan, qué ocurrencia, o sea que come la carne», etcétera. El filósofo muere, y adviene el adulto -caracterizado por una notable propensión a no pensar para así obedecer mejor el movimiento del mundo.

A esta derrota de los padres se le puede agregar la aportación de una escuela que busca algo muy distinto a volver curiosos e inteligentes a los niños. Porque ésta no pretende transmitir contenidos, tal como dice para salvaguardar su buena conciencia, sino socializar individuos, producirlos como mecanismos destinados a la máquina social; en realidad, enseña a obedecer, a comportarse en grupo, a someterse a las reglas, a luchar por la adaptación con el fin de ocupar el lugar del dominante. "¿Cultivar la naturaleza filosófica de los niños? ¿Para qué?

Una cabeza bien amueblada no es, digan lo que digan los manuales de pedagogía y los profesionales afines, el ideal que se proponen las pretendidas «ciencias de la educación». En cambio, una cabeza bien llena sí, eso es algo interesante. Entonces, no cabe buscar la inteligencia, sino la memoria, no una *cultura socrática de la pregunta*, sino una: *costumbre escolar de la respuesta*. Para darse cuenta, basta con constatar hasta qué punto los exámenes exigen un cerebro de esponja, inmediatamente vaciado de su contenido una vez que se obtiene el diploma.



TEMA 3. ORIGEN E HISTORICIDAD DE LA FILOSOFÍA

EL NACIMIENTO DE LA FILOSOFÍA⁵

203a *"...Cuando nació Afrodita, celebraron un banquete los dioses y entre ellos estaba Poro, el hijo de Metis. Después que comieron llegó Penía a mendigar, como era propio al celebrarse un festín, y estaba a la puerta. Poro, embriagado de néctar -aún no había vino-, entrando en el Jardín de Zeus, bajo el peso de la embriaguez, se durmió. Penía, tramando, por su falta de recursos, hacerse un hijo de Poro, se acostó junto a él y concibió a Eros (el amor). Y por ello el Amor es el acompañante y servidor de Afrodita, por haber sido engendrado en la fiesta de su nacimiento, y por naturaleza es el Amor enamorado de la Belleza, siendo Afrodita bella. "Así pues, como hijo de Poro y Penía, el Amor quedó de esta suerte: en primer lugar es siempre pobre y mucho le falta para ser delicado y bello como el vulgo cree; por el contrario, es seco y miserable, y descalzo y sin morada, duerme siempre en el suelo y carece de lecho, se acuesta al aire libre ante las puertas y los caminos, todo ello porque tiene la naturaleza de su madre, compañero siempre de la carencia. Pero, con arreglo a su padre, está siempre al acecho de lo bello y bueno, y es valeroso, resuelto y diligente, temible cazador, que siempre urde alguna trama, y deseoso de comprender y poseedor de recursos, durante toda su vida aspira al saber, es terrible hechicero y mago y sofista; y su modo de ser no es ni "inmortal" ni "mortal", sino que en el mismo día tan pronto florece y vive -cuando tiene abundancia de recursos- como muere, y de nuevo revive gracias a la naturaleza de su padre, y lo que se procura siempre se le escapa de las manos, de modo que ni Amor carece nunca de recursos ni es rico, y está en medio entre la sabiduría y la ignorancia. Pues la cosa es así: de los dioses, ninguno aspira a la sabiduría ni desea ser sabio -pues lo son ya-, y si algún otro hay que sea sabio, ese tal no aspira a la sabiduría; ni tampoco los ignorantes aspiran a la sabiduría ni desean llegar a ser sabios; pues en eso precisamente es lamentable la ignorancia:*

⁵Platón, Diálogos, *El Banquete*, "nacimiento de eros", (203a-204b)



en, no siendo bello ni bueno ni sensato, parecer a sí mismo que se es todo lo que se tiene que ser. En modo alguno desea el que no cree carecer aquello de lo que no cree carecer.

204b-*¿Quiénes son entonces, Diotima, -dije yo- los amantes de la sabiduría, si no son ni los sabios ni los ignorantes? -Es claro que son los que están en medio entre estas dos cosas, y entre ellos está el Amor. Pues la sabiduría es algo supremamente bello, y el Amor es amor de la belleza, de modo que es necesario que el Amor sea amante de la sabiduría, y que, siendo amante de la sabiduría sea un intermediario entre sabio e ignorante. Y es causa de ello su nacimiento; pues es de un padre sabio y pleno de recursos, y de una madre no sabia y sin recursos. Tal es su naturaleza, querido Sócrates.*

LOS PRIMERO FILÓSOFOS GRIEGOS⁶

El primer esfuerzo filosófico del hombre fue hecho por los griegos, y empezó siendo un esfuerzo para discernir entre lo que tiene una existencia meramente aparente y lo que tiene una existencia real, una existencia en sí, una existencia primordial, irreductible a otra. El primer pueblo que de verdad filosofa es el pueblo griego. Otros pueblos anteriores han tenido cultura, han tenido religión, han tenido sabiduría; pero no han tenido filosofía. Nos han llenado la cabeza —en estos últimos cincuenta años sobre todo, a partir de Schopenhauer— de las filosofías orientales, de la filosofía india, de la filosofía china. Esas no son filosofías. Son concepciones generalmente vagas sobre el universo y la vida. Son religión, son sapiencia popular más o menos genial, más o menos desarrollada; pero filosofía no la hay en la historia de la cultura humana, del pensamiento humano, hasta los griegos.

Los griegos fueron los inventores de eso que se llama filosofía. ¿Por qué? Porque fueron los inventores —en el sentido de la palabra descubrir—, los descubridores

⁶, García Morente, Manuel. *Lecciones Preliminares de Filosofía*, Los primero filósofos griegos, pág. 54-58, Porrúa, México, 1982.



de la razón. Los que descubrieron que con la razón, con el pensamiento racional, se puede hallar lo que las cosas son, se puede averiguar el último fondo de las cosas. Entonces empezaron a hacer uso de intuiciones intelectuales e intuiciones racionales, metódicamente. Antes de ellos se hacía una cosa parecida, pero con toda clase de atisbos, de fes, de elementos irracionales.

Hecho este paréntesis, diremos que los primeros filósofos griegos que se plantean el problema de quién existe, de cuál es el ser en sí, cuando se lo plantean es que ya han superado el estado de realismo primitivo que enunciábamos diciendo: todas las cosas existen, y yo entre ellas. El primer momento filosófico, el primer esfuerzo de la reflexión consiste en discernir entre las cosas que existen en sí, y las cosas que existen en otra, en aquella primaria y primera. Estos filósofos griegos buscaron cuál es la o las cosas que tienen una existencia en sí. Ellos llamaban a esto el "principio", en los dos sentidos de la palabra: como comienzo y como fundamento de todas las cosas.

El más antiguo filósofo griego de que se tiene noticia un poco exacta se llamaba Thales y era de la ciudad de Mileto. Este hombre buscó entre las cosas cuál sería el principio de todas las demás, cuál sería la cosa a la cual le conferiría la dignidad de ser, de principio de ser en sí, la existencia en sí, de la cual todas las demás son meros derivados; y el hombre dictaminó que esta cosa era el agua. Para **Thales de Mileto**, el agua es el principio de todas las cosas. De modo que todas las demás cosas tienen un ser derivado, secundario. Consisten en agua. Pero el agua, ella, ¿qué es? Como él dice: el principio de todo lo demás, no consiste en nada; existe, con una existencia primordial, como principio esencial, fundamental, primario.

Otros filósofos de esta misma época —el siglo VII antes de Jesucristo— tomaron actitudes más o menos parecidas a la de Thales de Mileto. Por ejemplo, **Anaximandro**, también creyó que el principio de todas las cosas era algo material; pero tuvo ya una idea un poco más complicada que Thales, y determinó que ese algo material, principio de todas las demás cosas, no era ninguna cosa



determinada, sino que era una especie de protocosa, que era lo que él llamaba en griego "*apeiron*", indefinido, una cosa indefinida, que no era ni agua, ni tierra, ni fuego, ni aire, ni piedra, sino que tenía en sí, por decirlo así, en potencia, la posibilidad de que de ella, de ese "*apeiron*", de ese infinito o indefinido se derivasen las demás cosas.

Otro filósofo que se llamó **Anaxímenes**, también fue uno de esos filósofos primitivos, que buscaron una cosa material como origen de todas las demás, como origen de los demás principios, como única existente en sí y por sí, de la cual estaban las demás derivadas. Anaxímenes tomó el aire.

Es posible que haya habido más intentos de antiquísimos filósofos griegos que buscaron alguna cosa material; pero estos intentos fueron pronto superados. Lo fueron primeramente en la dirección curiosa de no buscar una, sino varias; de creer que el principio u origen de todas las cosas no es una sola cosa, sino varias cosas. Es de suponer que las críticas de que fueron objeto Tales, Anaximandro y Anaxímenes contribuyeron a ello. La dificultad grande de hacerle creer a nadie que el mármol del Pentélico, en Atenas, fuese derivado del agua; la dificultad también de hacerlo derivar del aire, de hacerlo derivar de una cosa determinada, sería probablemente objeto de críticas feroces, y entonces sobrevino la idea de salvar las cualidades diferenciales de las cosas admitiendo, no un origen único, sino un origen plural; no una sola cosa, de la cual fueran todas las demás derivadas, sino varias cosas; y así un antiquísimo filósofo casi legendario, que se llamó **Empédocles**, inventó la teoría de que eran cuatro las cosas realmente existentes, de las cuales se derivan todas las demás, y que esas cuatro cosas eran: el agua, el aire, la tierra y el fuego, que él llamó "elementos", que quiere decir aquello con lo cual se hace todo lo demás.

Los cuatro elementos de Empédocles atravesaron toda la historia del pensamiento griego, entraron de rondón en la física de Aristóteles, llegaron hasta la Edad Media y mueren al principio del Renacimiento.



Aproximadamente hacia la misma época en que vivió Empédocles, hay dos acontecimientos filosóficos que para nuestros problemas metafísicos son de importancia capital. El uno es la aparición de Pitágoras y el otro es la aparición de Heráclito.

Pitágoras fue un hombre de genio, de un genio formidable, tremendo, porque es el primer filósofo griego a quien se le ocurre la idea de que el principio de donde todo lo demás se deriva, lo que existe de verdad, el verdadero ser, el ser en sí, no es ninguna cosa; o mejor dicho, es una cosa, pero que no se ve, ni se oye, ni se toca, ni se huele, que no es accesible a los sentidos. Esa cosa es el "número". Para Pitágoras, la esencia última de todo ser, de los que percibimos por los sentidos, es el número. Las cosas son números, esconden dentro de sí números. Las cosas son distintas unas de otras por la diferencia cuantitativa y numérica.

Pitágoras era muy aficionado a la música y fue el que descubrió (él o alguno de sus numerosos discípulos) que en la lira las notas de las diferentes cuerdas, si suenan diferentemente es porque unas son más cortas que otras; y no sólo descubrió eso sino que midió la longitud relativa y encontró que las notas de la lira estaban unas con otras en una relación numérica de longitud sencilla: en la relación de uno partido por dos; uno partido por tres; uno partido por cuatro; uno partido por cinco. Descubrió, pues, la octava, la quinta, la cuarta, la séptima musical, y esto lo llevó a pensar y lo condujo hacia la idea de que todo cuanto vemos y tocamos, las cosas tal y como se presentan, no existen de verdad, sino que son otros tantos velos que ocultan la verdadera y auténtica realidad, la existencia real que está detrás de ella y que es el número. Sería complejo (no pertenecería tampoco ni al tema ni a la ocasión) el hacer ver a ustedes en detalle esta teoría de Pitágoras. Me interesa solamente haberla hecho notar, porque es la primera vez que en la historia del pensamiento griego sale a relucir como cosa realmente existente, una cosa no material, ni extensa, ni visible, ni tangible.

El otro acontecimiento fue la aparición de **Heráclito**. Heráclito fue un hombre de profundísimo genio, de genio enormemente grande. Anticipó una porción de temas



de la filosofía contemporánea. Heráclito recorre con la mirada las soluciones todas que antes de él han sido dadas al problema de quién existe; y se encuentra con una enorme variedad de contestaciones: con que Thales de Mileto dice: el agua existe; con que Anaxímenes dice: el aire existe; con que Anaximandro dice: la materia amorfa, sin forma, indefinida, existe; con que Pitágoras dice: los números existen; y Empédocles dice: los cuatro elementos existen, lo demás no existe.

Entonces Heráclito encuentra que ninguna de estas contestaciones tiene razón; encuentra que si examinamos verdaderamente, con ojos imparciales, las cosas que se tienen ante nosotros hallamos en ellas todo eso; y sobre todo, que las cosas que se tienen ante nosotros no son nunca, en ningún momento, lo que son en el momento anterior y en el momento posterior; que las cosas están constantemente cambiando; que cuando nosotros queremos fijar una cosa y definir su consistencia, decir en qué consista esa cosa, ya no consiste en lo mismo que consistía hace un momento. Proclama, pues, el fluir de la realidad. Nunca vemos dos veces lo mismo, por próximos que sean los momentos, o como decía en su lenguaje metafórico y místico: *"Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río."* Las cosas son como las gotas de agua en los ríos, que pasan y no vuelven nunca más.

No hay, pues, un ser estático de las cosas. Lo que hay es un ser dinámico, en el cual podemos hacer un corte, pero será caprichoso. De suerte que las cosas no son, sino que devienen, y ninguna y todas pueden tener la pretensión de ser el ser en sí. Nada existe, porque todo lo que existe, existe, un instante y al instante siguiente ya no existe, sino que es otra cosa la que existe. El existir es un perpetuo cambiar, un estar constantemente siendo y no siendo; un devenir perfecto; constante fluir. Y así termina la filosofía de Heráclito, por una parte con una visión profunda de la esencia misma la realidad y que sólo volveremos a encontrar en algún filósofo antiguo, a veces, como Plotino, y en un filósofo moderno, como Bergson; pero, por otra parte, con una nota de escepticismo, es decir, con una especie de resignación a que el nombre no sea capaz de descubrir



lo que existe verdaderamente; que el problema sea demasiado grande para el hombre.

Y en este momento —que es el siglo VI antes de Jesucristo—, en este momento en que Heráclito acaba de terminar su obra, surge en el pensamiento griego el filósofo más grande que conocen los tiempos helénicos. El más grande, digo, porque Platón, que fue discípulo suyo, lo calificó así. Platón (como ciertos periódicos de antigua prosapia, que hacen gala de no usar nunca sino moderadamente adjetivos encomiásticos) nunca adjetiva, ni en bien ni en mal, a ninguno de los filósofos que lo antecedieron. Los nombra cortésmente. No dice que sean tontos, pero tampoco dice que sean muy inteligentes. El único ante el cual se pasma de admiración, es **Parménides de Elea**. A Parménides lo llama en sus diálogos siempre "el grande", "Parménides el grande"; siempre le pone este epíteto, como los epítetos que reciben los héroes de Hornero.

Cuando Heráclito termina su actuación filosófica, surge en el pensamiento griego Parménides el grande, que es, en efecto, el más grande espíritu de su tiempo —tan grande, que cambia por completo la faz de la filosofía, la faz del problema metafísico, y empuja el pensamiento filosófico y metafísico por la senda en la cual estamos todavía hoy. Hace veinticinco siglos que Parménides empujó el pensamiento metafísico en una dirección, y esa dirección ha seguido hasta hoy inclusive.

Parménides se enfrenta con la solución que Heráclito da al problema metafísico. Analiza esta solución y encuentra que, según Heráclito, resulta que una cosa es y no es al mismo tiempo, puesto que el ser consiste en estar siendo, en fluir, en devenir. Parménides, analizando la idea misma de devenir, de fluir, de cambiar, encuentra en esa idea el elemento de que el ser deja de ser lo que es para entra a ser lo otra cosa; y al mismo tiempo que entra a ser otra cosa, deja de ser lo que es, para entrar a ser otra cosa. Encuentra pues, que dentro de la idea del devenir hay una contradicción lógica; hay esta contradicción: que el ser no es; que el que es, no es; puesto que lo que es en este momento, ya no es en este momento, sino



que pasa a ser otra cosa. Cualquier vista que tomemos sobre la realidad nos pone ante una contradicción lógica; nos pone frente a un ser que se caracteriza por no ser. Y dice Parménides: esto es absurdo; la filosofía de Heráclito es absurda, es ininteligible, no hay quien la entienda. Porque, ¿cómo puede nadie entender que lo que es no sea, y lo que no es sea? ¡No puede ser! ¡Esto es imposible! Tenemos, pues, que oponer a las contradicciones, a los absurdos, a las ininteligibilidades de la filosofía de Heráclito, un principio de razón, un principio de pensamiento, que no puede fallar nunca. ¿Cuál será ese principio? Este: el ser es; el no ser, no es. Y todo lo que sea salirse de eso es descabellado, es lanzarse precipitarse en la cima del error. ¿Cómo puede decirse, como dice Heráclito, que las cosas son y no son? Porque la idea del devenir implica necesariamente, como su propio nervio interior, el que lo que ahora es, ya no es, puesto que todo momento que tomamos en el transcurso del ser, según Heráclito, es un tránsito hacia el no ser, de lo que antes era, y esto es incomprensible, esto es ininteligible. Las cosas tienen un ser, y ese ser, es. Y si no tienen ser, el no ser no es.

TEMA 4. FILOSOFÍA Y SU RELACIÓN CON LA VIDA COTIDIANA PERMANENCIA DE UNA SABIDURÍA PRÁCTICA⁷

Uno no se convierte en filósofo. Todos nacemos filósofos. Sólo algunos lo siguen siendo y, si su naturaleza es preservada, cultivada y solicitada, si optan por los estudios que les permitan desarrollar esta naturaleza, pueden convertirse en filósofos en el sentido habitual de la palabra. Todos los individuos comparten un natural filosófico cuya base es común al género humano. ¿Qué es esa naturaleza de filósofo? Una propensión a cuestionar, a interrogar, a preguntarse por qué, cómo, de qué manera. Sin que se los invite, independientemente del adiestramiento social –e incluso a menudo a pesar de él, contra él–, así, los niños

⁷ Michel Onfray, *La comunidad filosófica*. (Fragmento editado para uso en el aula). Trad. de Antonia García castro. Barcelona, Gedisa, 2008.



sólo aceptan como cierto aquello cuyo encadenamiento y causalidad entienden. Pero, incluso así, la filosofía sólo pertenece a quienes se adueñan de ella. Uno se la apropia gradualmente, con tiempo, con un ejercitamiento que no le está vedado a nadie si el aspirante se otorga los medios. El trabajo filosófico se trata de una disciplina individual, corporal, no puede ser hecha por otro. Sin duda no es fácil, no produce inmediatamente efectos gratificantes, obliga a la paciencia y suele causar desaliento, pero otorga también plenitud hasta un grado inimaginable para los que no han franqueado el umbral. Y esto es así porque aún hoy día la filosofía es la ocasión de vivir mejor y producir un estilo de vida. La prueba del filósofo es su vida, su legitimación es su comportamiento, la congruencia de sus palabras y sus actos. En la antigüedad la filosofía era una actividad reflexiva y de meditación que da lugar a un tipo de existencia. Se era filósofo únicamente en función de transfigurar su vida, de operar una conversión de lo cotidiano. Se trataba de transformar una *vida mutilada*, alienada –la vida bruta que ningún ejercitamiento ha desarrollado y que impide, por razones políticas, individuales, etcétera, al individuo disfrutar de su existencia– en una *vida filosófica*, buena, justa, feliz.

EL VALOR DE LA FILOSOFÍA⁸

Habiendo llegado al final de nuestro breve resumen de los problemas de la filosofía, bueno será considerar, para concluir, cuál es el valor de la filosofía y por qué debe ser estudiada. Es tanto más necesario considerar esta cuestión, ante el hecho de que muchos, bajo la influencia de la ciencia o de los negocios prácticos, se inclinan a dudar que la filosofía sea algo más que una ocupación inocente, pero frívola e inútil, con distinciones que se quiebran de puro sutiles y controversias sobre materias cuyo conocimiento es imposible.

Esta opinión sobre la filosofía parece resultar, en parte, de una falsa concepción de los fines de la vida, y en parte de una falsa concepción de la especie de bienes que la filosofía se esfuerza en obtener. Las ciencias físicas, mediante sus

⁸ Bertrand Russell. Los problemas de la Filosofía. México, 1970, pp. 178-187



invenciones, son útiles a innumerables personas que las ignoran totalmente: así, el estudio de las ciencias físicas no es sólo o principalmente recomendable por su efecto sobre el que las estudia, sino más bien por su efecto sobre los hombres en general. Esta utilidad no pertenece a la filosofía. Si el estudio de la filosofía tiene algún valor para los que no se dedican a ella, es sólo un efecto indirecto, por sus efectos sobre la vida de los que la estudian. Por consiguiente, en estos efectos hay que buscar primordialmente el valor de la filosofía, si es que en efecto lo tiene. Pero ante todo, si no queremos fracasar en nuestro empeño, debemos liberar nuestro espíritu de los prejuicios de lo que se denomina equivocadamente «el hombre práctico». El hombre «práctico», en el uso corriente de la palabra, es el que sólo reconoce necesidades materiales, que comprende que el hombre necesita el alimento del cuerpo, pero olvida la necesidad de procurar un alimento al espíritu. Si todos los hombres vivieran bien, si la pobreza y la enfermedad hubiesen sido reducidas al mínimo posible, quedaría todavía mucho que hacer para producir una sociedad estimable; y aun en el mundo actual los bienes del espíritu son por lo menos tan importantes como los del cuerpo. El valor de la filosofía debe hallarse exclusivamente entre los bienes del espíritu, y sólo los que no son indiferentes a estos bienes pueden llegar a la persuasión de que estudiar filosofía no es perder el tiempo.

La filosofía, como todos los demás estudios, aspira primordialmente al conocimiento. El conocimiento a que aspira es aquella clase de conocimiento que nos da la unidad y el sistema del cuerpo de las ciencias, y el que resulta del examen crítico del fundamento de nuestras convicciones, prejuicios y creencias. Pero no se puede sostener que la filosofía haya obtenido un éxito realmente grande en su intento de proporcionar una respuesta concreta a estas cuestiones. Si preguntamos a un matemático, a un mineralogista, a un historiador, o a cualquier otro hombre de ciencia, qué conjunto de verdades concretas ha sido establecido por su ciencia, su respuesta durará tanto tiempo como estemos dispuestos a escuchar. Pero si hacemos la misma pregunta a un filósofo, y éste es



sincero, tendrá que confesar que su estudio no ha llegado a resultados positivos comparables a los de las otras ciencias. Verdad es que esto se explica, en parte, por el hecho de que, desde el momento en que se hace posible el conocimiento preciso sobre una materia cualquiera, esta materia deja de ser denominada filosofía y se convierte en una ciencia separada. Todo el estudio del cielo, que pertenece hoy a la astronomía, antiguamente era incluido en la filosofía; la gran obra de Newton se denomina *Principios matemáticos de la filosofía natural*. De un modo análogo, el estudio del espíritu humano, que era, todavía recientemente, una parte de la filosofía, se ha separado actualmente de ella y se ha convertido en la ciencia psicológica. Así, la incertidumbre de la filosofía es, en una gran medida, más aparente que real; los problemas que son susceptibles de una respuesta precisa se han colocado en las ciencias, mientras que sólo los que no la consienten actualmente quedan formando el residuo que denominamos filosofía.

Sin embargo, esto es sólo una parte de la verdad en lo que se refiere a la incertidumbre de la filosofía. Hay muchos problemas —y entre ellos los que tienen un interés más profundo para nuestra vida espiritual— que, en los límites de lo que podemos ver, permanecerán necesariamente insolubles para el intelecto humano, salvo si su poder llega a ser de un orden totalmente diferente de lo que es hoy. ¿Tiene el Universo una unidad de plan o diseño, o es una fortuita conjunción de átomos? ¿Es la conciencia una parte del Universo que da la esperanza de un crecimiento indefinido de la sabiduría, o es un accidente transitorio en un pequeño planeta en el cual la vida acabará por hacerse imposible? ¿El bien y el mal son de alguna importancia para el Universo, o solamente para el hombre?

La filosofía plantea problemas de este género, y los diversos filósofos contestan a ellos de diversas maneras. Pero parece que, sea o no posible hallarles por otro lado una respuesta, las que propone la filosofía no pueden ser demostradas como verdaderas. Sin embargo, por muy débil que sea la esperanza de hallar una respuesta, es una parte de la tarea de la filosofía continuar la consideración de estos problemas, haciéndonos conscientes de su importancia, examinando todo lo



que nos aproxima a ellos, y manteniendo vivo este interés especulativo por el Universo, que nos expondríamos a matar si nos limitáramos al conocimiento de lo que puede ser establecido mediante un conocimiento definitivo.

Verdad es que muchos filósofos han pretendido que la filosofía podía establecer la verdad de determinadas respuestas sobre estos problemas fundamentales. Han supuesto que lo más importante de las creencias religiosas podía ser probado como verdadero mediante una demostración estricta. Para juzgar sobre estas tentativas es necesario hacer un examen del conocimiento humano y formarse una opinión sobre sus métodos y limitaciones. Sería imprudente pronunciarse dogmáticamente sobre estas materias; pero si las investigaciones de nuestros capítulos anteriores no nos han extraviado, nos vemos forzados a renunciar a la esperanza de hallar una prueba filosófica de las creencias religiosas. Por lo tanto, no podemos alegar como una prueba del valor de la filosofía una serie de respuestas a estas cuestiones. Una vez más, el valor de la filosofía no puede depender de un supuesto cuerpo de conocimientos seguros y precisos que puedan adquirir los que la estudian.

De hecho, el valor de la filosofía debe ser buscado en una, larga medida en su real incertidumbre. El hombre que no tiene ningún barniz de filosofía, va por la vida prisionero de los prejuicios que derivan del sentido común, de las creencias habituales en su tiempo y en su país, y de las que se han desarrollado en su espíritu sin la cooperación ni el consentimiento deliberado de su razón. Para este hombre el mundo tiende a hacerse preciso, definido, obvio; los objetos habituales no le suscitan problema alguno, y las posibilidades no familiares son desdeñosamente rechazadas. Desde el momento en que empezamos a filosofar, hallamos, por el contrario, como hemos visto en nuestros primeros capítulos, que aun los objetos más ordinarios conducen a problemas a los cuales sólo podemos dar respuestas muy incompletas. La filosofía, aunque incapaz de decirnos con certeza cuál es la verdadera respuesta a las dudas que suscita, es capaz de sugerir diversas posibilidades que amplían nuestros pensamientos y nos liberan



de la tiranía de la costumbre. Así, el disminuir nuestro sentimiento de certeza sobre lo que las cosas son, aumenta en alto grado nuestro conocimiento de lo que pueden ser; rechaza el dogmatismo algo arrogante de los que no se han introducido jamás en la región de la duda liberadora y guarda vivaz nuestro sentido de la admiración, presentando los objetos familiares en un aspecto no familiar.

Aparte esta utilidad de mostrarnos posibilidades insospechadas, la filosofía tiene un valor —tal vez su máximo valor— por la grandeza de los objetos que contempla, y la liberación de los intereses mezquinos y personales que resultan de aquella contemplación. La vida del hombre instintivo se halla encerrada en el círculo de sus intereses privados: la familia y los amigos pueden incluirse en ella, pero el resto del mundo no entra en consideración, salvo en lo que puede ayudar o entorpecer lo que forma parte del círculo de los deseos instintivos. Esta vida tiene algo de febril y limitada. En comparación con ella, la vida del filósofo es serena y libre. El mundo privado, de los intereses instintivos, es pequeño en medio de un mundo grande y poderoso que debe, tarde o temprano, arruinar nuestro mundo peculiar. Salvo si ensanchamos de tal modo nuestros intereses que incluyamos en ellos el mundo entero, permanecemos como una guarnición en una fortaleza sitiada, sabiendo que el enemigo nos impide escapar y que la rendición final es inevitable. Este género de vida no conoce la paz, sino una constante guerra entre la insistencia del deseo y la importancia del querer. Si nuestra vida ha de ser grande y libre, debemos escapar, de uno u otro modo, a esta prisión y a esta guerra.

Un modo de escapar a ello es la contemplación filosófica. La contemplación filosófica, cuando sus perspectivas son muy amplias, no divide el Universo en dos campos hostiles: los amigos y los enemigos, lo útil y lo adverso, lo bueno y lo malo; contempla el todo de un modo imparcial. La contemplación filosófica, cuando es pura, no intenta probar que el resto del Universo sea afín al hombre. Toda adquisición de conocimiento es una ampliación del yo, pero esta ampliación



es alcanzada cuando no se busca directamente. Se adquiere cuando el deseo de conocer actúa por sí solo, mediante un estudio en el cual no se desea previamente que los objetos tengan tal o cual carácter, sino que el yo se adapta a los caracteres que halla en los objetos. Esta ampliación del yo no se obtiene, cuando, partiendo del yo tal cual es, tratamos de mostrar que el mundo es tan semejante a este yo, que su conocimiento es posible sin necesidad de admitir nada que parezca serle ajeno. El deseo de probar esto es una forma de la propia afirmación, y como toda forma de egoísmo, es un obstáculo para el crecimiento del yo que se desea y del cual conoce el yo que es capaz. El egoísmo, en la especulación filosófica como en todas partes, considera el mundo como un medio para sus propios fines; así, cuida menos del mundo que del yo, y el yo pone límites a la grandeza de sus propios bienes. En la contemplación, al contrario, partimos del no yo, y mediante su grandeza son ensanchados los límites del yo; por el infinito del Universo, el espíritu que lo contempla participa un poco del infinito.

Por esta razón, la grandeza del alma no es favorecida por esos filósofos que asimilan el Universo al hombre. El conocimiento es una forma de la unión del yo con el no yo; como a toda unión, el espíritu de dominación la altera y, por consiguiente, toda tentativa de forzar el Universo a conformarse con lo que hallamos en nosotros mismos. Es una tendencia filosófica muy extendida la que considera el hombre como la medida de todas las cosas, la verdad hecha para el hombre, el espacio y el tiempo, y los universales como propiedades del espíritu, y que, si hay algo que no ha sido creado por el espíritu, es algo incognoscible y que no cuenta para nosotros. Esta opinión, si son correctas nuestras anteriores discusiones, es falsa; pero además de ser falsa, tiene por efecto privar a la contemplación filosófica de todo lo que le da valor, puesto que encadena la contemplación al yo. Lo que denomina conocimiento no es una unión con el yo, sino una serie de prejuicios, hábitos y deseos que tejen un velo impenetrable entre nosotros y el mundo exterior. El hombre que haya complacencia en esta teoría del



conocimiento es como el que no abandona su círculo doméstico por temor a que su palabra no sea ley.

La verdadera contemplación filosófica, por el contrario, halla su satisfacción en toda ampliación del no yo, en todo lo que magnifica el objeto contemplado, y con ello el sujeto que lo contempla. En la contemplación, todo lo personal o privado, todo lo que depende del hábito, del interés propio o del deseo perturba el objeto, y, por consiguiente, la unión que busca el intelecto. Al construir una barrera entre el sujeto y el objeto, estas cosas personales y privadas llegan a ser una prisión para el intelecto. El espíritu libre verá, como Dios lo pudiera ver, sin *aquí* ni *ahora*, sin esperanza ni temor —fuera de las redes de las creencias habituales y de los prejuicios tradicionales —serena, desapasionadamente, y sin otro deseo que el del conocimiento, casi un conocimiento impersonal, tan puramente contemplativo como sea posible alcanzarlo para el hombre. Por esta razón también, el intelecto libre apreciará más el conocimiento abstracto y universal, en el cual no entran los accidentes de la historia particular, que el conocimiento aportado por los sentidos, y dependiente, como es forzoso en estos conocimientos, del punto de vista exclusivo y personal, y de un cuerpo cuyos órganos de los sentidos deforman más que revelan.

El espíritu acostumbrado a la libertad y a la imparcialidad de la contemplación filosófica, guardará algo de esta libertad y de esta imparcialidad en el mundo de la acción y de la emoción. Considerará sus proyectos y sus deseos como una parte de un todo, con la ausencia de insistencia que resulta de ver que son fragmentos infinitesimales en un mundo en el cual permanece indiferente a las acciones de los hombres. La imparcialidad que en la contemplación es el puro deseo de la verdad, es la misma cualidad del espíritu que en la acción se denomina justicia, y en la emoción es este amor universal que puede ser dado a todos y no sólo a aquellos que juzgamos útiles o admirables. Así, la contemplación no sólo amplía los objetos de nuestro pensamiento, sino también los objetos de nuestras acciones y afecciones; nos hace ciudadanos del Universo, no sólo de una ciudad amurallada,



en guerra con todo lo demás. En esta ciudadanía del Universo consiste la verdadera libertad del hombre, y su liberación del vasallaje de las esperanzas y los temores limitados.

Para resumir nuestro análisis sobre el valor de la filosofía: la filosofía debe ser estudiada, no por las respuestas concretas a los problemas que plantea, puesto que, por lo general, ninguna respuesta precisa puede ser conocida como verdadera, sino más bien por el valor de los problemas mismos; porque estos problemas amplían nuestra concepción de lo posible, enriquecen nuestra imaginación intelectual y disminuyen la seguridad dogmática que cierra el espíritu a la investigación; pero, ante todo, porque por la grandeza del Universo que la filosofía contempla, el espíritu se hace a su vez grande, y llega a ser capaz de la unión con el Universo que constituye su supremo bien.

TEMA 5. PROBLEMAS FUNDAMENTALES DE LA FILOSOFÍA

DISCIPLINAS DONDE SE ABORDAN LOS PROBLEMAS DE LA FILOSOFÍA

Los filósofos tradicionales, aquellos que se someten a la interpretación que los padres de la iglesia medieval europea hicieron de la actividad filosófica, la dividen usualmente en disciplinas o doctrinas filosóficas para reflexionar sobre los más diversos temas, pero, hasta donde se sabe, ningún filósofo ha tratado de disciplinar su discurso. La filosofía es un discurso. Esto quiere decir que no se puede entender sino como un texto que habla del mundo de vida humano en lo que éste tiene de universal.

Este mundo lo constituye un conjunto de procesos u objetos, y la filosofía lo aborda en su unidad. Aunque hable de temas distintos, dividir la filosofía en disciplinas es más una forma de entenderla por la tradición para justificar ideológicamente filosofías oficiales, por ejemplo, excluir del campo de la reflexión filosófica todo atisbo de crítica al statu quo capitalista.



Por lo tanto, disciplinar la filosofía equivale a aceptar el estado de cosas tal como lo presentan los gobernantes, las clases dominantes, etc., a través de ideas que ocultan la lógica de explotación imperante en este mundo de vida.

Por esa razón, algunos afirman hacer filosofía por la filosofía misma, al margen de cualquier interés ajeno al amor por el conocimiento. Sin embargo, ésta es una aseveración hueca, vacía de contenido, pues es obvio —o debería serlo— que nada se hace sólo por hacerlo. Toda acción humana persigue un fin que trasciende su ámbito particular. ¿Quién estudia sólo por estudiar? ¿O come sólo por comer? etc. Tales filósofos, más que filósofos, son ideólogos encargados de hacer la apología del sistema de explotación humana vigente.

Fórmulas como "ciencia por la ciencia" o "arte por el arte" son quimeras (invenciones o ilusiones) discursivas. Nada tiene sentido fuera de un contexto, al margen de las condiciones sociales que les impone una determinada época histórica, su cultura y su lenguaje particulares.

La filosofía procede como pensamiento, y como pensamiento se apropia del objeto real a través del concepto, pero el concepto que a la filosofía le interesa construir no se refiere a un objeto en particular, sino al significado que le asigna el universo en el que se halla inmerso.

El pensamiento va de lo abstracto a lo concreto, o sea, del análisis a la síntesis. Primero identifica los elementos que constituyen una unidad, después localiza sus posibles relaciones y, finalmente, comprende esta unidad, pero ya no como una totalidad caótica, sino como un todo que responde a una lógica, a una razón que le da sentido a su ser.

Como actividad teórica, la filosofía aborda tres cuestiones, para ella, fundamentales. En primer lugar, se interroga por las condiciones que hacen posible **el ser** de un ente o del conjunto de ellos y sus relaciones; por ejemplo: ¿qué y por qué es el agua?, ¿qué relación guarda con la vida y el comercio?, etc.; ¿qué y por qué es el capitalismo?, ¿cuál es su relación con el bienestar social?, etc.; ¿qué y por qué es el amor?, etcétera.



En segundo término, la filosofía inquiriere por **el conocimiento** en torno al ser de los entes; por ejemplo: ¿es verdad que el agua es un compuesto químico de dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno? ¿Cómo garantizar que es verdad tal aseveración? ¿Es válido concluir que el capitalismo es un modo de producción basado en la explotación del trabajo asalariado? ¿Es posible demostrar que tal conclusión es correcta? ¿Cómo se puede demostrar? Generalizando, ¿cuándo un argumento es correcto? ¿Cuándo un enunciado, verdadero o falso, efectivamente lo es?

Por último, la filosofía pregunta sobre el **deber ser**, es decir, sobre el valor de la verdad, el valor del comportamiento moral, o religioso, o político, o jurídico, o estético; por ejemplo: ¿Es correcto este argumento? ¿Es bueno que unos hombres vivan del trabajo de otros, aun en contra de la voluntad de éstos? ¿Es justa; la invasión a Irak por Estados Unidos? ¿Es bonita mi novia? De lo anterior se derivan los temas de la filosofía, a saber:

- a) El de las condiciones de posibilidad del ser de los entes (o factores que hacen posible lo real).
- b) El de las condiciones de posibilidad (o factores) del conocimiento, de su verdad y la demostración de ésta; y
- c) El de la valoración de las relaciones que el hombre establece con otros hombres, con la naturaleza y con su propia obra.

Estos temas son abordados por el discurso filosófico a través de diferentes argumentos:

- La filosofía es **ontología** cuando aborda el tema del ser de los entes, de sus condiciones de posibilidad, de su esencia y su existencia, es decir, de su razón de ser y de la del mundo como un todo. La aseveración de Heráclito de Éfeso que dice: "Este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ningún dios ni ningún hombre, sino que siempre fue, es y será fuego eterno, que se enciende y se apaga según medida" ilustra este tema.



- La filosofía es teoría del conocimiento o **gnoseología** al momento de reflexionar en torno al tema del conocimiento en general. La frase de Gottfried Leibniz: "No hay nada en el entendimiento que antes no haya pasado por los sentidos, excepto el entendimiento mismo", es un caso de tesis gnoseológica.
- La filosofía se llama **lógica** porque trata el tema de la validez o corrección de argumentos. Ésta busca determinar el proceso de construcción de argumentos correctos, por ejemplo, sostiene que de enunciados verdaderos sólo se pueden inferir necesarios y solamente enunciados verdaderos. A esta tesis se le denomina principio básico de la deducción. Este principio constituye uno de los pilares del conocimiento racional y es uno de los instrumentos más importantes para la obtención de nuevos conocimientos

- La filosofía es **axiología** al trabajar el tema de la valoración en general. Un ejemplo de análisis axiológico lo encontramos en la siguiente reflexión:

“Las acciones y los objetos valen porque poseen cualidades que ofrecen un beneficio al ser humano, pero también porque éste los valora. También hay que decir que hay valores negativos, esto es, que tales acciones u objetos pueden realizarse en perjuicio de otro individuo o de la comunidad. Así como hay valores como la bondad, la belleza, la justicia, la valentía, la humildad, hay otros que son su contraparte: la maldad, lo feo o grotesco, lo injusto, la cobardía, la soberbia, etcétera”.

Pero ¿De qué depende que un acto o una cosa sean valorados positiva o negativamente? Depende del carácter histórico-social tanto de la necesidad que satisfacen como del relativo a sus cualidades, por ejemplo: tal vez una serpiente emplumada esculpida en piedra no es agradable para individuos del siglo XX o del XXI; en cambio, es muy posible que una rubia anglosajona les arranque una exclamación de admiración por su "belleza". Sin embargo, a un indígena que vive en la selva chiapaneca es seguro que tal mujer no le parecerá bella y que a un indígena descendiente de la cultura náhuatl la piedra con forma de serpiente emplumada le parezca magnífica por su belleza



- La filosofía es **ética** cuando teoriza el tema particular de la valoración moral y de las condiciones de posibilidad del acto moral mismo. Un ejemplo de teorización ética la hace Jean Paul Sartre cuando reflexiona acerca de una afirmación cuyo autor es Fiodor Dostoievski. Este escritor asevera que si Dios no existiera, todo estaría permitido. En efecto, dice Sartre, "todo está permitido si Dios no existe y, en consecuencia, el hombre está abandonado porque no encuentra en sí ni fuera de sí una posibilidad de aferrarse. No encuentra, ante todo, excusas". En su argumentación, Sartre sostiene que si el hombre no pone a dios como justificación de sus propios actos, entonces no tiene más remedio que responder él mismo por ellos. El hombre puede actuar como quiera, a condición de asumir responsablemente las consecuencias de sus actos
- La filosofía se presenta como reflexión **estética** cuando aborda los problemas que implica el análisis de valores, como lo bello, lo feo, lo dramático, lo cómico, lo sublime, etc. Así, se dice que la estética (o filosofía de los valores estéticos) trata de establecer las condiciones que debe cumplir un objeto en su dimensión estética. Este término significa percepción. Cuando percibimos un objeto, ¿qué provoca la experiencia de goce estético? Un automóvil sirve para trasladar a sus ocupantes de un lugar a otro, lugares alejados entre sí a cierta distancia. Es un medio de transporte; sin embargo, hay automóviles que nos gustan y otros no, independientemente de su utilidad, ¿por qué?

¿TEMAS O TRATAMIENTOS FILOSÓFICOS?⁹

Para ampliar la filosofía dejemos, primero, de creer en la existencia de temas específicamente filosóficos -la lista de nociones oficiales proporciona la base ineludible: conciencia, verdad, razón, libertad, derecho, etcétera- porque no existen sólo tratamientos filosóficos para todas las interrogaciones posibles. Abordar con mediocridad un tema acorazado en tanto tema de predilección filosófica -Dios, el tiempo, la materia, etcétera- presenta menos interés que

⁹ Michel Onfrey.



abordar filosóficamente un problema ausente de la historiografía oficial: por ejemplo, la gastronomía.

Así, ¿por qué las bellas artes sólo apelan a los sentidos nobles -la vista, el oído- y nunca a los sentidos innobles -el gusto, el olfato o el tacto?-. Una reflexión estética surge respecto a la pintura -la Crítica de la facultad de juzgar de Kant lo asevera- o la música -la Teoría estética de Adorno lo prueba-, pero ¿no podría esta reflexión aplicarse a los perfumes, la enología o la gastronomía? ¿Por qué? Porque existe una jerarquía de los cinco sentidos que merece un análisis realmente filosófico, una crítica sensualista y empírica radical, incluso una deconstrucción ideológica. ¿Por qué distinguir sentidos nobles y sentidos innobles, sino para separar los que alejan de la materia de lo real y evitan su contacto, y los que constriñen a la prosa del mundo?

El orden filosófico no permite tal apertura. No se dará un tratamiento, si se quiere ser serio dentro de la lógica oficial, a la cuestión de la gastronomía. Incluso si existe una posibilidad de probar la filiación entre Cabanis , Destutt de Tracy , el pensamiento de los Ideólogos a principios del siglo XIX y la concepción de Brillat-Savarin, autor de una Fisiología del gusto, aquella nunca será abordada filosóficamente porque, por un lado, su autor es presentado como un anfitrión mundano, apenas un cronista gastronómico -pero de ninguna manera un filósofo, y menos aún un autor de la lista oficial del programa, contrariamente a sus contemporáneos Auguste Comte o Cournot , y, por otro lado, porque el tema no remite a los tópicos filosóficos habituales.

Sin embargo, la ampliación de la filosofía sólo se puede realizar teniendo como precio esa revolución. El mismo Nietzsche interroga la alimentación en tanto filósofo. En Ecce homo, confiesa tener en más alta estima una cuestión dietética que una cuestión teológica. ¿Por qué no escucharle a él, que deploraba en La Gaya Ciencia que lo que da gusto y sabor a la vida no haya sido jamás objeto de una consideración histórica o filosófica digna de ese nombre?



TEMA 6. LOS PROBLEMAS DEL SER, EL CONOCER Y EL DEBER SER LA ALEGORIA DE LA CAVERNA¹⁰

-Después de eso -proseguí- compara nuestra naturaleza respecto de su educación y de su falta de educación con una experiencia como ésta. Representáteme hombres en una morada subterránea en forma de caverna, que tiene la entrada abierta, en toda su extensión, a la luz. En ella están desde niños con las piernas y el cuello encadenados, de modo que deben permanecer allí y mirar sólo delante de ellos, porque las cadenas les impiden girar en derredor la cabeza. Más arriba y más lejos se halla la luz de un fuego que brilla detrás de ellos; y entre el fuego y los prisioneros hay un camino más alto, junto al cual imagínate un tabique construido de lado a lado, como el biombo que los titiriteros levantan delante del público para mostrar, por encima del biombo, los muñecos.

-Me lo imagino.

-Imagínate ahora que, del otro lado del tabique, pasan sombras que llevan toda clase de utensilios y figurillas de hombres y otros animales, hechos en piedra y madera y de diversas clases; y entre los que pasan unos hablan y otros callan.

-Extraña comparación haces, y extraños son esos prisioneros.

-Pero son como nosotros. Pues en primer lugar, ¿crees que han visto de sí mismos, o unos de los otros, otra cosa que las sombras proyectadas por el fuego en la parte de la caverna que tienen frente a sí?

-Claro que no, si toda su vida están forzados a no mover las cabezas.

-¿Y no sucede lo mismo con los objetos que llevan los que pasan del otro lado del tabique?

-Indudablemente.

-Pues entonces, si dialogaran entre sí, ¿no te parece que entenderían estar nombrando a los objetos que pasan y que ellos ven?

-Necesariamente.

-Y si la prisión contara con un eco desde la pared que tienen frente a sí, y alguno

¹⁰ Platón, Fragmento de la república: *El problema del conocimiento (Libro VII, 514a-524d)*.



de los que pasan del otro lado del tabique hablara, ¿no piensas que creerían que lo que oyen proviene de la sombra que pasa delante de ellos?

-¡Por Zeus que sí!

-¿Y que los prisioneros no tendrían por real otra cosa que las sombras de los objetos artificiales transportados?

-Es de toda necesidad.

-Examina ahora el caso de una liberación de sus cadenas y de una curación de su ignorancia, qué pasaría si naturalmente les ocurriese esto: que uno de ellos fuera liberado y forzado a levantarse de repente, volver el cuello y marchar mirando a la luz y, al hacer todo esto, sufriera y a causa del encandilamiento fuera incapaz de percibir aquellas cosas cuyas sombras había visto antes. ¿Qué piensas que respondería si se le dijese que lo que había visto antes eran fruslerías y que ahora, en cambio, está más próximo a lo real, vuelto hacia cosas más reales y que mira correctamente? Y si se le mostrara cada uno de los objetos que pasan del otro lado del tabique y se le obligara a contestar preguntas sobre lo que son, ¿no piensas que se sentirá en dificultades y que considerará que las cosas que antes veía eran más verdaderas que las que se le muestran ahora?

-Mucho más verdaderas.

-Y si se le forzara a mirar hacia la luz misma, ¿no le dolerían los ojos y trataría de eludirla, volviéndose hacia aquellas cosas que podía percibir, por considerar que éstas son realmente más claras que las que se le muestran?

-Así es.

-Y si a la fuerza se lo arrastrara por una escarpada y empinada cuesta, sin soltarlo antes de llegar hasta la luz del sol, ¿no sufriría acaso y se irritaría por ser arrastrado y, tras llegar a la luz, tendría los ojos llenos de fulgores que le impedirían ver uno solo de los objetos que ahora decimos que son los verdaderos?

-Por cierto, al menos inmediatamente.

-Necesitaría acostumbrarse, para poder llegar a mirar las cosas de arriba. En



primer lugar miraría con mayor facilidad las sombras, y después las figuras de los hombres y de los otros objetos reflejados en el agua, luego los hombres y los objetos mismos. A continuación contemplaría de noche lo que hay en el cielo y el cielo mismo, mirando la luz de los astros y la luna más fácilmente que, durante el día, el sol y la luz del sol.

-Sin duda.

-Finalmente, pienso, podría percibir el sol, no ya en imágenes en el agua o en otros lugares que le son extraños, sino contemplarlo cómo es en sí y por sí, en su propio ámbito.

-Necesariamente.

-Después de lo cual concluiría, con respecto al sol, que es lo que produce las estaciones y los años y que gobierna todo en el ámbito visible y que de algún modo es causa de las cosas que ellos habían visto.

-Es evidente que, después de todo esto, arribaría a tales conclusiones.

-Y si se acordara de su primera morada, del tipo de sabiduría existente allí y de sus entonces compañeros de cautiverio, ¿no piensas que se sentiría feliz del cambio y que los compadecería?

-Por cierto.

-Respecto de los honores y elogios que se tributaban unos a otros, y de las recompensas para aquel que con mayor agudeza divisara las sombras de los objetos que pasaban detrás del tabique, y para el que mejor se acordase de cuáles habían desfilado habitualmente antes y cuáles después, y para aquel de ellos que fuese capaz de adivinar lo que iba a pasar, ¿te parece que estaría deseoso de todo eso y que envidiaría a los más honrados y poderosos entre aquéllos? ¿O más bien no le pasaría como al Aquiles de Homero, y «preferiría ser un labrador que fuera siervo de un hombre pobre» o soportar cualquier otra cosa, antes que volver a su anterior modo de opinar y a aquella vida?

-Así creo también yo, que padecería cualquier cosa antes que soportar aquella vida.



-Piensa ahora esto: si descendiera nuevamente y ocupara su propio asiento, ¿no tendría ofuscados los ojos por las tinieblas, al llegar repentinamente del sol?

-Sin duda.

-Y si tuviera que discriminar de nuevo aquellas sombras, en ardua competencia con aquellos que han conservado en todo momento las cadenas, y viera confusamente hasta que sus ojos se reacomodaran a ese estado, y se acostumbraran en un tiempo nada breve, ¿no se expondría al ridículo y a que se dijera de él que, por haber subido hasta lo alto, se había estropeado los ojos, y que ni siquiera valdría la pena intentar marchar hacia arriba? Y si intentase desatarlos y conducirlos hacia la luz, ¿no lo matarían, si pudieran tenerlo en sus manos y matarlo?

-Seguramente.

-Pues bien, querido Glaucón¹¹, debemos aplicar íntegra esta alegoría a lo que anteriormente ha sido dicho, comparando la región que se manifiesta por medio de la vista con la morada-prisión, y la luz del fuego que hay en ella con el poder del sol; compara, por otro lado, el ascenso y contemplación de las cosas de arriba con el camino del alma hacia el ámbito inteligible, y no te equivocarás en cuanto a lo que estoy esperando, y que es lo que deseas oír.

TEMA 7. EL ASPECTO ESENCIAL DE LA FILOSOFÍA QUE LA HACE DIFERENTE CON OTRAS FORMAS DE INTERPRETAR LA REALIDAD (MÉTODO FILOSÓFICO)

FILOSOFÍA SOCRÁTICA

Sócrates, el ateniense maestro de Platón, practica la mayéutica como **método de construcción de conceptos**. Dos momentos son básicos en este método: el de la ironía, en el cual le presenta al interlocutor una serie de preguntas con el fin de hacerle caer en la contradicción y, con ello, obligarlo a reconocer su ignorancia sobre el tema alegado. En un segundo momento, después de mostrarle su

¹¹ Hijo de Aristón y hermano de Platón. Se cree generalmente que este hermano de Platón es el Glaucón nombrado por Diógenes Laercio.



ignorancia, hace descubrir al interlocutor las verdades que llevan en sí sus respuestas, para conminarlo a pensar racionalmente y generar los conceptos universales típicos de la filosofía o ciencia.

La mayéutica socrática consiste, brevemente expuesta, en interrogar sobre un tema a otras personas y, a cada contestación, contraponerle un nuevo argumento, hasta descubrir una tesis que integre y supere la verdad parcial de las anteriores, en otra de mayor universalidad.

Sócrates se apoya en el principio de conocimiento que reconoce la ignorancia como punto de partida. Su famosa frase que declara "sólo sé que no sé nada", advierte que el trabajo del filósofo no se realiza en la soledad de una habitación cualquiera, sino en **continuo diálogo** con otros sujetos pensantes y, consecuentemente, esta tarea tiene la función de **buscar la verdad**, de elaborarla en complicidad con sus interlocutores.

La mayéutica es, antes que otra cosa, una **estrategia didáctica, dialógica**, propia de quien dirige la **discusión razonada** en torno a ciertos temas especiales. Platón la recoge como el ideal, el modelo ideal para buscar la verdad, y la nombra dialéctica.

Para Platón la verdad no es un asunto individual: el camino que conduce a la verdad es el diálogo. Por ello, el intercambio o la discusión de ideas es la labor esencial del filósofo. La verdad, entonces, no se encuentra en el mundo material, sino en el mundo de la ideas, porque lo que se discute son las ideas que se forman en la mente del filósofo y en las mentes de los otros participantes. No se discute el mundo. El mundo está ahí. Qué es y por qué está ahí, es un trabajo que le corresponde al pensamiento averiguar.

Filosofar es, para Platón, **conocer racionalmente**, alcanzar la verdad en el mundo de la ideas, en el mundo de los conceptos que se oponen entre sí, pero que se superan en un nivel más alto de racionalidad, cada vez más alejado de la percepción sensorial, separado (abstraído, abstracto) del mundo material.



Si se anhela un mundo más bello, justo, benévolo y feliz, entonces debe derivársele de estos ideales. El filósofo los capta y los pone a consideración del resto de la comunidad. Los gobernantes impulsan su realización concreta. Los artesanos, los comerciantes y los guerreros contribuyen con sus actividades al logro de tal meta. Pero son los esclavos quienes dejan su vida en el proceso de trabajo a través del cual se construye materialmente la polis, aunque su aportación, desde la visión de los filósofos griegos, no es la fundamental, pues los esclavos no son considerados personas, sino cosas vivientes.

No obstante, el mundo real, la polis real, siempre será una copia del mundo ideal. El idealismo filosófico propone las ideas como el ser primigenio del que se derivan las cosas materiales. Platón es, por lo tanto, idealista.

Platón concibe la dialéctica como un modelo según el cual debe constituirse el conocimiento correcto. En sus Diálogos presenta a Sócrates como el filósofo dialéctico que ayuda a sus discípulos a pensar correctamente.

En sentido contrario, Aristóteles, discípulo de Platón, piensa que las ideas se originan en el mundo material, al que él llama real en oposición a ideal. Sostiene que "no hay nada en el entendimiento que no haya pasado antes por los sentidos". A la posición del estagirita (de Estagira, ciudad griega) respecto al origen del conocimiento, se le denomina realismo.

La dialéctica, según Aristóteles, se refiere a un saber previo y más fundamental que la ciencia. Ésta parte de principios que no siempre justifica ni demuestra. La dialéctica, a partir de opiniones comunes o cotidianas, muestra la verdad de esos principios. Opera por reducción al absurdo, es decir, si en torno de un tema se hacen afirmaciones y al mismo tiempo se niega su sentido, la dialéctica muestra dicha contradicción. Hace valer el principio lógico de la no contradicción: no se puede afirmar y negar a la vez en el mismo sentido, lo cual no se demuestra, sino que es evidente de suyo. Así, la ciencia puede avanzar demostrativamente con base en los principios lógicos —los otros son el de identidad y el de tercero excluido— que la dialéctica introduce en su discurso.



TEMA 8. EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO FRENTE A RELIGIÓN Y LA CIENCIA. CIENCIA Y FILOSOFÍA¹²

La filosofía es la disciplina que por excelencia se ocupa del pensamiento. Los filósofos siguen siendo esos "enamorados de la sabiduría" cuya labor consiste en preguntarse cosas acerca de la vida y el mundo. Los científicos, por el contrario, son vistos como personajes que se ocupan de una labor más práctica: realizar experimentos para poner a prueba sus hipótesis sobre cómo funciona la naturaleza. Cuando un científico se enfrenta a una pregunta que no puede contestar, es frecuente que responda "eso es muy filosófico", dando a entender que no se debería perder el tiempo con ese tipo de temas. Sin embargo, la relación entre ciencia y filosofía es muy antigua y estrecha. De hecho, las diferentes ciencias surgieron históricamente como parte de la filosofía, y luego fueron independizándose conforme dejaron de ser disciplinas basadas primordialmente en la reflexión para convertirse en actividades centradas en la experimentación.

Existe una rama de la filosofía que aborda exclusivamente los problemas de la ciencia. Algunos son los siguientes: ¿Qué tan bien funcionan las teorías científicas como representaciones de la realidad? ¿Qué distingue a la ciencia de otras formas de conocimiento? ¿Cómo deciden los científicos abandonar una teoría para adoptar otra? Y finalmente la pregunta de los 64 mil pesos: ¿por qué funciona la ciencia?

Porque, a pesar de lo que pudiera pensarse, no es para nada obvio que la ciencia nos proporcione conocimiento objetivo de la naturaleza: sólo nos brinda modelos e interpretaciones que pueden ser más o menos correctas o engañosas. De hecho, no puede demostrarse que la ciencia sea intrínsecamente superior a otras formas

¹²http://www.comoves.unam.mx/mosca/archivo_m/ojobonfil21.html. **Martín Bonfil Olivera** es químico farmacéutico biólogo e hizo estudios de la maestría en enseñanza e historia de la ciencia de la Facultad de Ciencias, ambas de la UNAM, colaborar mensualmente en la revista *¿Cómo ves?*



de conocimiento. Y sin embargo, los resultados prácticos que ofrece son incomparablemente más efectivos que los de cualquier otra forma de abordar la realidad. Incluso, algunos filósofos han desarrollado recientemente una "epistemología evolucionista" que sugiere que la ciencia es una adaptación de nuestra especie cuya función es aumentar nuestras posibilidades de supervivencia: la ciencia como producto de la evolución.

Todo científico debería conocer algo de filosofía de la ciencia. Desgraciadamente hay muchos que no sólo no la conocen, sino que la desprecian o incluso la ven como algo amenazante. Y es una lástima, porque no se puede trabajar bien en algo si no se sabe cómo funciona.

TEMA 9. CARÁCTER ARGUMENTATIVO DE LA FILOSOFÍA.

ARGUMENTACIÓN FILOSÓFICA.

La filosofía es un discurso que habla del hombre, de la naturaleza y de la sociedad, analiza (separa) sus posibles relaciones y, con ello, elabora una síntesis (relaciona) para pensarlas en su unidad. Esta unidad se representa en el concepto. Un concepto sintetiza la relación entre dos o varios procesos (cosas en movimiento o desarrollo) y se construye a través de tres operaciones (llamadas conceptuales: la definición, la clasificación y la división). Hay definiciones nominales (por ejemplo, filosofía significa amor a la sabiduría, de *filos*: amor; y *sofía*: saber) a las cuales también se les llama etimológicas, porque definen a partir del origen lingüístico del nombre con el que se identifica el objeto por definir. Otras son las definiciones funcionales (por ejemplo, silla es un mueble que sirve para sentarse). O las estructurales, que definen según las partes que componen un objeto o proceso (por ejemplo, la silla se compone de una base y un respaldo). La clasificación consiste en formar clases de objetos según sus características comunes (p. ej., una silla pertenece al conjunto de los muebles, como la mesa, el ropero, etc.). La división es la separación de las partes que conforman un todo (p. ej., un árbol tiene raíz, tronco, ramas, etcétera).



Hay procesos más difíciles de conceptualizar que otros, verbigracia: un árbol es un vegetal que tiene raíz, tronco, ramas, y se alimenta de los rayos solares, del agua que extrae del suelo, etc. Como se observa, este objeto llamado árbol no ofrece grandes dificultades para elaborar su concepto. Pero, ¿cómo definir al hombre o ser humano? ¿O el proceso de fotosíntesis? ¿O el ser capitalismo?

Una definición no hace más que buscar la diferencia específica del objeto o proceso a definir (¿por qué una silla no es una mesa?, ¿qué las diferencia?), pero también investiga cuál es el género o conjunto más próximo en el que se incluye.

El principal fin de la filosofía es orientar la actividad creadora de los hombres (o praxis) a través de la reflexión conceptual, praxis que valora como bueno lo que permite la sobrevivencia tanto del individuo como de su comunidad.

No está por demás decir que en las comunidades primitivas lo que es bueno para la comunidad es bueno para cualquiera de sus miembros, en la medida en que el desarrollo del individuo sólo es posible en y por aquélla. Malo será, entonces, todo aquello que vulnere la estabilidad de la misma.

Desde los griegos del siglo VII antes de nuestra era, la filosofía es un recurso intelectual que ayuda a determinar el ser del mundo, del hombre y de todo lo que hace posible la vida humana. La filosofía es pensamiento apodíctico (demostrativo); no se limita a creer ni a opinar sin más. La filosofía pone en duda cualquier afirmación que se pretenda verdadera; confronta su contenido ideal con el proceso o movimiento real (natural o social) para constatar su grado de verdad. La verdad de un enunciado declarativo, o de una hipótesis, se construye en la práctica social (praxis) que produce lo real como medio humano de vida. Por la tanto, la verdad no se refiere a lo real en sí, sino a la eficacia explicativa del concepto medida por el grado de transformación que posibilita.

Hay ideas falsas o verdaderas. Las primeras tienen su origen en las sensaciones, en lo que perciben los sentidos. Las segundas son producto del trabajo de la razón, trabajo que realizan al menos dos individuos, porque necesariamente es diálogo entre ellos, no entre un individuo y la realidad material. El conocimiento es



un proceso que ocurre en el pensamiento, el cual se expresa mediante el lenguaje, por lo que depende de una argumentación coherente que le permita expresar con claridad sus ideas, ya la verdad es una propiedad lógica que sucede ahí mismo, en el pensamiento y no en el mundo de las cosas materiales.

TEMA 10. LA ARGUMENTACIÓN COMO UNA HERRAMIENTA FILOSÓFICA LAS PREOCUPACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA¹³

Algunos dicen que la palabra «odradek» precede del esloveno, y sobre esta base tratan de establecer su etimología. Otros, en cambio, creen que es de origen alemán, con alguna influencia del esloveno. Pero la incertidumbre de ambos supuestos despierta la sospecha de que ninguno de los dos sea correcto, sobre todo porque no ayudan a determinar el sentido de esa palabra.

Como es lógico, nadie se preocuparía por semejante investigación si no fuera porque existe realmente un ser llamado Odradek. A primera vista tiene el aspecto de un carrete de hilo en forma de estrella plana. Parece cubierto de hilo, pero más bien se trata de pedazos de hilo, de los tipos y colores más diversos, anudados o apelmazados entre sí. Pero no es únicamente un carrete de hilo, pues de su centro emerge un pequeño palito, al que está fijado otro, en ángulo recto. Con ayuda de este último, por un lado, y con una especie de prolongación que tiene uno de los radios, por el otro, el conjunto puede sostenerse como sobre dos patas. Uno siente la tentación de creer que esta criatura tuvo, tiempo atrás, una figura más razonable y que ahora está rota. Pero éste no parece ser el caso; al menos, no encuentro ningún indicio de ello; en ninguna parte se ven huellas de añadidos o de puntas de rotura que pudieran darnos una pista en ese sentido; aunque el conjunto es absurdo, parece completo en sí. Y no es posible dar más detalles, porque Odradek es muy movedizo y no se deja atrapar.

¹³ Franz Kafka [Cuento: Texto completo]



Habita alternativamente bajo la techumbre, en escalera, en los pasillos y en el zaguán. A veces no se deja ver durante varios meses, como si se hubiese ido a otras casas, pero siempre vuelve a la nuestra. A veces, cuando uno sale por la puerta y lo descubre arrimado a la baranda, al pie de la escalera, entran ganas de hablar con él. No se le hacen preguntas difíciles, desde luego, porque, como es tan pequeño, uno lo trata como si fuera un niño.

-¿Cómo te llamas? -le pregunto.

-Odradek -me contesta.

-¿Y dónde vives?

-Domicilio indeterminado -dice y se ríe. Es una risa como la que se podría producir si no se tuvieran pulmones. Suena como el crujido de hojas secas, y con ella suele concluir la conversación. A veces ni siquiera contesta y permanece tan callado como la madera de la que parece hecho.

En vano me pregunto qué será de él. ¿Acaso puede morir? Todo lo que muere debe haber tenido alguna razón de ser, alguna clase de actividad que lo ha desgastado. Y éste no es el caso de Odradek. ¿Acaso rodará algún día por la escalera, arrastrando unos hilos ante los pies de mis hijos y de los hijos de mis hijos? No parece que haga mal a nadie; pero casi me resulta dolorosa la idea de que me pueda sobrevivir.

FIN